



LA ARQUITECTURA OJIVAL Ó APUNTALADA, LLAMADA GENERALMENTE GÓTICA.

(Conclusion.)

¿Qué se hace, pues, hoy dando el apelativo de *gótica* á la arquitectura ojival? O se aplica á una época á que no pertenece, ó se restringe su significacion á siglos que no son los únicos que la convienen; y aun opinamos que en este caso se hacen entrambas cosas.—Por una parte, en efecto, atribuimos este nombre al estilo arquitectónico de los siglos XII, XIII, XIV y XV, época en que no había, hablando con propiedad, ni arquitectura goda ni godos, y en que los diversos pueblos bárbaros de la Galia y de España habían perdido su nombre y su individualidad;— y por otra, negamos esta denominación á la arquitectura del período comprendido desde el siglo V al XII, que sin embargo, según lo prueban los hechos, tenía este nombre entre sus contemporáneos, aunque recibiendo también indiferentemente el apellido de *romana* por las razones que ya hemos manifestado.

Investiguemos, pues, apoyándonos en este fundamento, de qué manera el nombre de *arquitectura gótica* ha podido perpetuarse en los siglos mas cercanos á los nuestros, entonces cuando no había ni la mas mínima razón para emplearle, puesto que su origen podemos asegurar, por lo dicho, que le sabemos

de una manera incontestable; y puesto que nos consta sobre todo, y es lo que aquí tiene mas importancia, que las palabras *arquitectura gótica* precedieron mucho al siglo XII.—¿Cómo se efectuó este cambio? ¿Cómo es que llamamos góticos á los monumentos cuya construcción no pertenece á los godos? ¿Cómo es que, por el contrario, negamos este nombre á los edificios erigidos por los arquitectos de la nación goda?

Cuando desde la época en que vivimos volvemos la vista á lo pasado para estudiar allí las diversas formas de que se revistió la arquitectura de los quince ó diez y seis últimos siglos y hacer su clasificación, estamos en una situación totalmente distinta de la en que se hallaban los que presenciaban aquellas modificaciones. Les es mas fácil y aun inevitable el generalizar á los que, como nosotros, pueden poner á un tiempo ante sus ojos todos los datos del problema, y pasar rápidamente revista á los siglos, que á las generaciones contemporáneas que los han visto transcurrir con lentitud. Independientemente del espíritu filosófico que pertenece á los tiempos modernos, y que estaba lejos de dirigir las investigaciones de nuestros antepasados, hay hechos que nos chocan, y que naturalmente pasaban desapercibidos á sus miradas.

Así vemos en el siglo XIII la forma *ojival*, universalizada, traducida de mil maneras y decorada con adornos muy variados, caracterizar el estilo arquitectónico de este siglo. Investigando entonces sus destinos ulteriores, la seguimos á través de

7 DE SETIEMBRE DE 1856.

los siglos XIV y XV, y la vemos desaparecer en el XVI en la aurora del *Renacimiento*. Cuando con el mismo objeto nos remontamos desde el siglo XIII á los que le precedieron, nos detenemos en el XII en que el arco conocido con el nombre de *ojiva de lanceta* se manifiesta como principio cuyo desarrollo ha de caracterizar las construcciones de los siglos sucesivos. Pero no podía suceder lo mismo á los que presenciaban tales transformaciones; porque si están fuertemente marcadas vistas desde la distancia en que de ellas nos hallamos, eran por el contrario insensibles á los ojos de sus contemporáneos. El día en que apareció la ojiva sin que hubiese otro cambio en el modo de edificar, esta débil modificación no debió inducir á las gentes de aquel tiempo á tratar de imponer un nuevo nombre á la arquitectura. En la adjunta lámina puede observarse que sería imposible prever que la arquitectura iba á cambiar de sistema al ver, en la fachada que aquí se presenta, las dos *ojivas* laterales; ya por lo poco que se manifiesta la punta de su *ojiva lanceta*; ya por el muy secundario papel que hacen á causa de su colocación en el extremo de las alas de la iglesia, perteneciendo todos los demas arcos así como toda la ornamentación que aquí están ante los ojos del observador al estilo arquitectónico que precedió al ojival. El desarrollo de la ojiva se hizo también sin cambiar bruscamente nada en los grandes trazos arquitectónicos; y los monumentos de entonces, en oposición con las construcciones vulgares, debieron continuar pareciendo ser el resultado de los mismos conocimientos que todavía al principio del siglo XII se calificaban de arquitectura romana ó gótica, y que debió seguirse calificando del mismo modo, puesto que no se presentaban razones suficientes para cambiar su nombre. ¿Había, por ejemplo, tan gran diferencia entre el arco apuntado de una ventana *ojival* y el semicircular de otra *románica* para que los que presenciaban estas poco notables modificaciones viesan en ella todo un nuevo sistema arquitectónico, una nueva era del arte, y un adiós á lo pasado? Sin duda que no; y que ni esta ni otras modificaciones sucesivas, introducidas poco á poco, no podían hacer en una época en que no se estudiaba la historia del arte de un modo sistemático, que se sintiese la necesidad de arrancar á esta manera de edificar el nombre tradicional de *gótica* que la costumbre popular le daba.

Queda pues demostrado que el nombre de *arquitectura gótica*, después de haber participado de la autoridad del romano, ha sucedido á este, siendo aplicado á todo lo que no era la tosca construcción de los indígenas y conquistadores.

Queda demostrado además que el apellido de *gótica* ha persistido, como debía, largo tiempo después de que los godos se confundieron con el pueblo por ellos sometido. Expresaba en efecto un arte que esta nación había recibido de los romanos, y que sus artistas habían trasmitido y popularizado en la Galia septentrional, en España, y probablemente en el oeste de Alemania y en el mediodía de Inglaterra.

Ahora se notará que lo difícil no es el saber cómo el apelativo de *gótica* duró mucho mas tiempo que la influencia real del pueblo godo, y se conservó cuando este había perecido como nación: conocida es la fuerza de la costumbre, y por lo mismo el nombre que hallamos empleado en el siglo VII no pudo dejar de usarse todavía mucho tiempo después.

Lo que se explica menos fácilmente es que la denominación de *arquitectura gótica* haya sido adoptada por los modernos para designar en especial la manera de edificar en una época en que no había ya godos, y en que, aún cuando las escuelas fundadas por ellos después de los romanos hubiesen formado á los arquitectos que les sucedieron, ellas, sin embargo, no existían ya en sus manos desde mucho antes.

El adjetivo de *gótica* ¿se ha limitado en una época precisa á la arquitectura *ojival*? Esta á medida que se ha ido diferenciando de la arquitectura *románica* por el desarrollo de la característica *ojiva*, y por la adición de todo lo que con ella se ha amalgamado, sea de formas diversas en las partes componentes, sea en los detalles de ornamentación, ¿ha ido recibiendo de los pueblos por un movimiento instintivo y pausado el nombre exclusivo

de *gótica* por oposición á la arquitectura puramente greco-romana? No podemos decidírnos por ninguna de estas dos hipótesis, aunque nos inclinamos á la segunda.

Por lo respectivo á establecer cuál ha sido el origen del nombre de *gótica*, única cuestión que hemos emprendido dilucidar, creemos haberlo conseguido de una manera suficiente y por hechos que racionalmente no se pueden poner en duda. Resumimos pues en esta doble conclusión.

1.º El nombre de *gótica* se dió ciertamente á la arquitectura romana en los siglos que siguieron al V de la era cristiana, y por consecuencia, antes de la introducción de la ojiva ó arco apuntado.

2.º Subsistió después de introducido este elemento nuevo, y mucho tiempo después de haber desaparecido los godos, aplicado por un hábito del entendimiento popular, de que es fácil hallar ejemplos en los hechos que nos son mas familiares.

Cualquiera que sea la razón que haya decidido á los modernos á aplicar de una manera exclusiva el nombre de *gótica* á la arquitectura ojival, subsisten las conclusiones arriba enunciadas.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

AL SEÑOR D. MIGUEL DE LUCAS.

I.

Ignoro, lector amable, si en algunas de tus expediciones habrás tenido el placer de pasar ó de detenerte en el poético pueblo llamado Jijona, en la provincia de Alicante.

Pero de seguro si has pasado te habrá sucedido lo que á mí. Habrás admirado, como yo lo he hecho, su rica vegetación, su delicioso clima y su admirable posición topográfica.

Jijona es un fragmento del Paraíso lanzado á nuestra península por algun volcan.

No recuerdo si en el Génesis se habla de volcanes; pero es muy fácil que se hable porque el Paraíso no existe ya en la tierra sino á trozos.

Aunque el período anterior parece no tener hilación, la tiene y muy grande.

Si el Paraíso existe en trozos en la tierra, es indudable que por alguna causa están diseminados.

Y según nuestros conocimientos geológicos los volcanes son la única causa que pueden haber producido esos efectos.

Esto es lógico, ergo queda probado que Jijona puede muy bien ser un trozo del Paraíso, un giron del jardín de Adán.

Cuando yo tuve el placer de verlo, venia de Alicante; la huerta de Alicante está en un llano: desde el camino se ve á lo lejos un monte elevado: á su falda está Jijona.

Jijona, protegida por esta montaña que abraza con sus brazos de granito su villa querida, estaba á oscuras, el sol se hallaba á espaldas del monte, y solo iluminaba el camino por donde yo iba, dejando á Jijona velada entre las sombras mas misteriosas, mas dulces y mas encantadoras.

Yo adoro la sombra.

Porque gusto del claro oscuro y porque sin ser mochuelo ni mucho menos, las cosas medio veladas, medio encubiertas, me pasman, me enloquecen.

Una careta veneciana, que solo deja descubiertos unos labios de grana y unos dientes de nacar, me encanta.

Por eso entre todos los adornos femeniles estoy por las negras blondas de una mantilla de casco.

Como estoy por los coloreados cristales de las ojivas góticas de las catedrales de Burgos y Toledo.

Como estoy por la media tinta del haren.

Y como me encantan las sombras inciertas y flotantes de un bosque de tilos y acacias, mis árboles predilectos.

Y como me gustan las Willis alemanas que se cubren de ga-

sa y con los transparentes velos de fresca incertidumbre de sus lagunas nebulosas.

Y como me encanta Jijona colocada en anfiteatro á la falda de un monte velada entre las sombras de la tarde, las neblinas de oro de un sol de junio y las espirales de los perfumes de sus flores.

Jijona es el paraíso, ya os lo he dicho.

Con que estamos conformes, pues este es el Jijona exterior, el que se ve desde el camino real, figuraos cómo será la ciudad, ó el pueblo, ignoro si sus méritos y padecimientos le habrán valido aquel título.

Recuerdo que se me olvidó preguntarlo.

Jijona tiene un gran mérito, al menos á mis ojos, y es el no parecerse en nada á la fatigosa nueva York ni á Liverpool, es decir, sus calles no están tiradas á cordel como la de Rivoli, sino que son tortuosas como las de Toledo la pintoresca, y como la calle de Elvira en mi querida Granada.

Si estuvieran tiradas á cordel no tendrían los dulces atractivos que para mí han tenido.

A esa situación deben una cosa extraña y natural á un mismo tiempo: por un lado sopla el aire del monte y penetra en suaves remolinos desde poniente embalsamando la atmósfera.

Porque el monte que la cobija esparce oleadas de aroma, de tomillo, cantueso y todas las plantas silvestres que tienen perfume.

Y por el otro lado de sus calles tiene fácil entrada la brisa del mar, que mitiga los fuertes olores de la montaña, que refresca la atmósfera abrasada de sol, y que esparce también las acres oleadas de sus salitrosas emanaciones, los fuertes y frescos perfumes de sus algas marinas.

Sus casas están agrupadas como los pueblos que se abrigan de un monte, y cuando el sol los dora á su salida parecen una bandada de palomas que han venido á anidar en aquella montaña y que presentan á los ojos curiosos del viajero los deslumbrantes y ricos prismas de sus tornasolados cuellos.

Figuraos la irradiación del sol de España sobre unas fachadas blancas como la nieve, sobre unas tejas rojas como el coral, sobre sus vidrios descompuestos en prismas luminosos, y cuyos rayos repereuten las neblinas del monte, y decidme luego que podríais pintarlo.

Rubens hubiera fracasado.

Dios solo es capaz de hacerlo.

Jijona está dominada por el castillo del mismo nombre, solo tiene un torreón; pero hasta ruinas poéticas y de indeleble recuerdo conserva para que nada falte á su encanto.

Sol, flores, luces, sombras, colores, brisas, aromas, ruinas, montes, vegetación, ambiente perfumado, cascadas, todo lo tiene Jijona.

¿Estais ahora conformes?.... Jijona es un giron del jardín en que vegetó Adán.

II.

Miento, Jijona es mucho mejor.

En el Paraíso faltaban unas flores embriagadoras que aquel abuelo mío no tuvo.

En el Paraíso no hubo mujeres.

Y las de Jijona son su primer embellecimiento, las jijonencas son hermosas.

Conservan puro nuestro tipo español característico, que se lee en sus ojos de azabache, en sus labios que ningún carmin iguala, en las largas y suaves trenzas que desde sus erguidas cabezas bajan hasta tocar en la fimbria de sus refajos.

Las jijonencas son morenas, pero moreno claro, moreno pálido como las árabes que eligen los moros para favoritas de un serrallo de descientes mujeres, morenas como María Padilla, como Safo, como Proserpina, como Paulina Bonaparte, modelo del gran Cánova.

Las jijonencas son esbeltas, ágiles como las hijas del desierto y conservan un modo de andar acompasado y característico, que parece árabe.

Este movimiento es debido á la configuración de las calles de Jijona, que de hechura de anfiteatro hacen acostumbrarse á sus habitantes á no poder andar mas que con la voluptuosa cadencia que da el hábito de subir y bajar continuamente.

Sus movimientos, pues, son como los primeros preludios de las danzas indias, como algunos pasos del zapateado andaluz, como los paseos que en torno de una caravana, danzan al caer la tarde las bayaderas lascivas.

Y una cosa mas os voy á decir; á este cúmulo de hechizos os añadiré otro, Ossa sobre Pelion, Pelion sobre Ossa; las jijonencas saben ser mujeres, no tienen nada que envidiar á las mo-fletudas hijas del Sena, son tan coquetas como estas.

Si no, oidme.

Las mujeres celestiales que os he descrito visten muy pintorescamente.

Sus piés van metidos en blancas alpargatas atadas con cintas blancas, no llevan medias, al menos en la estación que yo las ví, y tampoco las eché de menos: como son bien formadas y lo saben, lucen una pierna que blanquean las perlas de sus cascadas, y que darían envidia á los modelos de Phidias y Praxiteles.

Sobre estas piernas desnudas caen los pliegues de una saya rayada, no de rojo y amarillo, lo cual haría vistoso y nada poético, sino de blanco y azul, es decir, de los dos colores mas puros, mas encantadores.

El color de la nieve de sus montes.

El color del cielo de su país.

Su cuerpo va envuelto en un ajustado corpiño de raso negro ó de otro color oscuro: estas mujeres son coloristas: ese corpiño que aprisiona un talle lascivo tiene la manga corta, y deja libre una garganta pálida y torneada, unos brazos bien modelados.

Pero para que el color oscuro del corpiño no corte mucho sobre lo claro de la falda, las mujeres de Jijona se ponen encima un pañuelo ya blanco con mas flores que un vergel, ya sonrosado como las alboradas de su tierra.

Sobre este pañuelo que se ata al talle y cuyas tres puntas flotan á la espalda haciendo resaltar la negrura de una trenza que cuelga perfumada hasta casi el suelo, caen las dos puntas de otro pañuelo que cubre sus cabezas.

Este varía de color segun el que sobre los hombros llevan, y es ó blanco, en cuyo caso aumenta el interés de la cara de la que le lleva con sus pálidos reflejos, ó es encarnado y entonces presta el fuego de sus prismas á las incoloras mejillas de sus dueñas.

Ved una bandada de esas mujeres, admiradlas como se merecen, contempladlas con ojos artísticos y á ver si luego no decís lo que yo he dicho al verlas.

Mahoma: tu reinado tiene que morir en la tierra si los hombres dan en contemplar á las hijas de Jijona. ¡Ay de tus transparentes hurís frente á frente de las jijonencas que no se transparentan! ¡Ay de tus promesas para el otro mundo si en este lo alcanzamos!

¡Ay de tu paraíso perfumado si le tenemos en España!

¡Ay de tus hurís habiendo españolas!

AGUSTIN BONNAT.

ALGUNAS APARICIONES EXTRAORDINARIAS.

No tratamos de hablar aquí de los espectros ó de las fantasmas vulgares, que se aparecen arrastrando, ó no arrastrando cadenas; y que son generalmente efecto de sueños ó de alucinamientos que obran sobre imaginaciones acaloradas.

Los antiguos creían hasta en espectros del día, lo cual consiste sin duda en que se duerme la siesta cuando aun está el sol radiante, pero despues de comer. Una digestión penosa unida á un semisorpor creaba la mayor parte de estas apariciones, producidos por el disforme Esmarra, demonio de la pesadilla.

Se encuentran citados en el Phlegon numerosos hechos, que pertenecen también á otro género de alucinamientos. El mas notable es el que contó un filósofo griego muy digno de fé, que

pasando por un camino para ir á su casa de campo, se encontró, por decirlo así, cara á cara con su padre que habia muerto muchos meses antes. El viejo estaba pálido y vestido con el traje que usaba ordinariamente en sus últimos años; con la sola diferencia de que los colores estaban caídos y como desteñidos; era como una sombra de los Campos Elíseos, sonriendo y en una actitud agraciada: saludó á su hijo con ternura, y este queriendo besarle la mano, no encontró en la suya estendida mas que una especie de rayo de luz débil, como los que produce el sol á través de ventanas ó agujeros, y que se perciben claramente á favor de los átomos que suben y bajan, y pasan y se cruzan por ellos. Despues, la figura siguió su marcha á lo largo del camino, que habia sido su paseo habitual.

En aquella época ya se empeñaban en explicarlo todo: no pudiendo poner en duda la buena fé del narrador, hombre de gran sentido y que pertenecía á la secta de los escépticos, se juzgó que habia sido juguete de una ilusion pasajera; y como era muy sobrio, fué necesario buscar una razon del todo particular á este fenómeno.

Se pensó que habiendo sucedido el caso en la estacion de la siega del forraje, cuyo olor trastorna la cabeza, el filósofo, absorbido sin duda por el recuerdo de su padre al pasar por un camino que este tenia afición á recorrer, habia podido representársele con aquella fuerte apariencia de realidad que regularmente no pertenece más que á los ensueños.

Muchas apariciones podrian explicarse con este sistema; pero no daría cuenta de la siguiente aventura, que nos han contado en un pueblo del mediodia.

Un jóven, volviendo de cazar, se apresuraba á llegar á la poblacion, cuyas puertas debian cerrarse á las ocho de la noche. Tenia todavia que atravesar un puente de forma angular de los que se elevan hácia su parte media sobre arcos apuntados, bajo el cual corría un riachuelo con el agua casi estancada, y lleno de altas yerbas en sus orillas. El calor habia sido fuerte durante el dia; pero era en otoño y despues de puesto el sol, y un denso vapor se elevaba del agua y de las yerbas. El jóven se habia detenido un instante y descansaba sentado en una piedra, convencido de que, habiendo venido hasta allí á la hora que era, tenia tiempo para llegar antes de que las puertas del pueblo se cerrasen.

En el momento de volver á emprender su marcha percibió en medio del puente una especie de figura, que parecia condensarse poco á poco en la bruma..... Podia ser un caminante; pero la figura estaba inmóvil. El jóven se levantó y fué hácia el puente; á la par que él subía la figura bajaba por el otro lado, y pronto pareció que salía de la niebla limitada por las riberas del rio, y se puso á seguir su camino á cosa de 20 pasos delante del jóven.

Cuanto mas este miraba á tan extraño paseante, mas le parecia reconocer el aire, la manera de andar, y hasta, con los últimos reflejos del dia, el color del traje pardo de un tío suyo que habia muchos años habia marchado á la América; y que de tiempo en tiempo le escribia que volveria al pais en cuanto concluyera sus negocios.

— «¡Acaso será él que habrá vuelto!» dijo para sí el jóven, y apretó el paso para alcanzar al viajero.

Pero á medida que él avanzaba, la figura avanzaba igualmente, y se encontraba siempre á la misma distancia. Ademas, cuando pasaba debajo de las copas de algun grupo de árboles, es decir, de la luz crepuscular á la oscuridad completa, parecia conservar algo de la claridad que atrás dejaba, y se dibujaba por claro en la sombra.

Cuando el jóven llegó cerca de la puerta de la poblacion vió á la figura titubear un momento como si le esperase, luego vacilar como una sombra proyectada en las cercas, y despues desaparecer completamente. — «Es una ilusion de mi vista,» — dijo entre sí el jóven: entró por la puerta y preguntó á un guarda si habia visto pasar á alguno delante de él.

Volviendo entonces casualmente la cabeza vió á la misma figura pasar como una silueta por las paredes interiores, y dijo

al guarda; — «pero allí va uno que entra en el pueblo.» — «No señor (respondió el guarda), yo no veo á nadie.» —

La figura estaba, á 20 pasos, detenida en la esquina de la calle que el jóven debia tomar para ir á su casa, mirábale con una benévola sonrisa, y como estaba vuelta hácia él, le pareció reconocer, á la luz de un farol, enteramente las facciones de su tío. Llamóle pues; pero nadie respondió.

El jóven siguió la calle; tomó otra; siempre la sombra iba 20 pasos delante de él. Detúvose delante de su casa. — «No pues ahora (dijo) voy á saber lo que es.» — Sobrecogido sin embargo de una especie de temor apresuró su marcha; todo habia desaparecido. Abrió la puerta de la calle y la volvió á cerrar bruscamente. — Un doloroso quejido resonó en la calle.

Nuestro jóven, como es de imaginar, subió rápidamente la escalera; al llegar al primer piso oyó un prolongado suspiro que le hizo volver los ojos hácia la ventana que daba al patio, y le pareció ver á la parte exterior de la vidriera la misma figura pronunciando claramente: ¡Ah! ¡Ah!..... como si la costase trabajo el trepar por la parte de afuera de la agujereada pared de la casa.

Estuvo por tirar un tiro, con la escopeta que en las manos traía, á aquel extraño visitador, y solo se contuvo al pensar que la aparicion se asemejaba á un pariente que siempre habia amado.

La misma exclamacion se oyó en la ventana del segundo piso, y la misma figura volvió á aparecer por entre los vidrios. El jóven, que vivia en este piso, abrió estremeciéndose la puerta de su habitación, se apresuró á cerrar, y habiendo tomado una luz, encontró sobre su mesa, una carta de América, que habia llegado durante su ausencia escrita en el lecho por su tío moribundo, participándole que le hacia heredero de sus cuantiosos bienes. La aparicion no volvió á verse.

Los sabios del pais disertaron largo tiempo acerca de la narracion que el jóven hizo de esta aventura. Se juzgó que, en la época en que habia acaecido, el jóven estaba ensimismado con alguna inquietud respecto á la suerte de su tío, de quien no habia recibido noticias en mucho tiempo; que despues de un dia de calor y de fatiga, sus sentidos debilitados habian sido víctimas de una ilusion, debida en parte á las sulfurosas emanaciones del rio que habia atravesado al volver por la tarde al pueblo.....; y que la carta recibida el mismo dia era una coincidencia puramente accidental.

Walter Scott, en los cuentos de la tia Margarita, ha pretendido, sin embargo, hacer creer que los muertos volvian con gusto á los parajes á que eran aficionados, y donde habian pasado parte de su existencia. Impotentes de manifestarse con el poder de la vida, estas larvas errantes podian empero ser vistas en ciertas circunstancias por las personas cuya alma estaba en relacion con ellas. Se necesitaba ademas un estado de la atmósfera que permitiese á la imagen tomar cierta intensidad, concentrando en su forma estas moléculas de una materia impalpable pero visible. — «No es por ventura este sistema el mismo de los antiguos, que comparaban las sombras de los muertos á aquellos rayos del sol en que se ven agitarse los átomos? Una disertacion sobre este objeto nos llevaria muy lejos.

Sócrates, hablando de la injuria, decia que era peor hacerla que recibirla.

M. Caton, habiendo por casualidad recibido un golpe estando en el baño, contestó al que en el acto se disculpaba de haberle dado: — «No me acuerdo de haber recibido ningun golpe.»

Epaminondas sufria las injurias con la mayor paciencia.

Thrasíbulo, á quien el pueblo ateniense repuso en el mando de que habia sido privado por los treinta tiranos, dió un plebiscito para que nadie mencionase lo pasado, y publicó una ley llamada en griego *amnistias*, es decir, *olvido*.



Escudo de armas de la casa de Ponteijos (véase la pág. 277).

SEMEIOLOGIA É IDIOMOGRAFÍA.

Llámanse *Semeiología* é *Idiomografía* una de las ciencias filosóficas que trata de los *signos* por medio de los cuales comunica el hombre sus pensamientos, y principalmente el *lenguaje*.

El número de las lenguas es totalmente desconocido; pero se puede calcular que actualmente no existen menos de dos á tres mil. El doble á lo menos ha dejado de existir, y por esto se llaman *lenguas muertas*.

Las principales lenguas muertas son el latín y el griego, el hebreo, el árabe literal ó antiguo, el islandés, el zendá y el sanscrito.

Las lenguas modernas mas útiles son el francés, el inglés, el alemán, el español, el italiano, el árabe, el ruso, el indostaní y el chino.

En los tiempos modernos algunos hábiles sabios han aprendido y comparado una multitud de lenguas; de aquí lo que se llama *Gramática comparada*, y la *Idiomografía* propiamente dicha, que se llama también *Lingüística*.

La Gramática comparada examina las semejanzas y diferencias gramaticales que presentan las lenguas refiriéndose á la lógica.

La Lingüística compara las lenguas solamente en materia de *lexicología*, que por medio de diccionarios nos explica la significación de las palabras aisladas; y en materia de *sintaxis*, que nos manifiesta qué serie de modificaciones pueden sufrir las palabras para expresar tal ó tal circunstancia episódica (declinaciones, conjugaciones, afijas); — y cómo las palabras, cuando se las reúne para con ellas formar frases, períodos, discursos, se combinan, se preceden, se siguen, se trasponen, y bajo cuáles modificaciones aparecen cuando se trata de expresar tal ó cual relación entre ellas.

Está probado hoy por los resultados de estos laboriosos estudios, que todas las lenguas del universo provienen de una que de ellas es el origen común; que probablemente ya no existe, y cuyo sitio ha sido el Oriente.

Se distinguían en otro tiempo muchas lenguas madres; hoy

no se reconoce ya en las lenguas mas que hermanas, unas primogénitas y otras segundas; pero todas igualmente derivadas de la extinguida lengua primitiva.

No terminaremos sin decir una palabra de la escritura, que es también un signo del pensamiento.

Las diversas escrituras se reducen todas á dos: una que expresa inmediatamente el pensamiento y que se llama *kyriológica*; la otra que es el signo de la palabra, y que por consiguiente no expresa mas que mediatamente la idea.

A esta última le basta un alfabeto para dar todos los matices del pensamiento; porque no componiéndose la palabra mas que de voz y de articulaciones, con tal que se tenga una letra para cada voz, y una letra para cada articulación, no es necesario mas que combinar convenientemente estos signos.

En la escritura *kyriológica*, al contrario, hay tantos signos como ideas que expresar.

Aun hay mas: mientras que no se trata mas que de expresar objetos materiales, la escritura *kyriológica* basta aun; pero cuando hay que expresar un objeto espiritual ó abstracto, por ejemplo, la eternidad ó la providencia, ¿cómo se puede verificarlo? Se asegura que para representar estas dos ideas los antiguos egipcios empleaban 1.º una serpiente enroscada en círculo y que con los dientes se mordía la cola; 2.º un ojo en la extremidad de un palo. Estas dos figuras eran símbolos. La escritura *kyriológica* no estaba lejos de hacerse simbólica.

La escritura vulgar se llama *fonética* ó *alfabeto*.

El único ejemplo auténtico y célebre de una lengua entera en escritura *kyriológica*, es el chino. Se puede citar, pero en un círculo infinitamente mas estrecho, nuestras cifras árabes; los signos abreviativos de los médicos, etc. — Los célebres geroglíficos del Egipto han sido tenidos hasta nuestros días por una escritura *kyriológica*. El difunto Mr. Champollion joven descubrió la clave de ellos, y leyendo inscripciones, pensó que, excepto en algunos pormenores, todo en la escritura de los antiguos egipcios era fonético.

¡¡DOS AMORES!!

A MANUEL ARAMBURU.

(Continuación.)

— ¡Oh vergüenza! continuó Everilda; hacerme asistir á la silba de una obra del hombre que se ama..... ¿cómo no asistió V.? sabía lo que iba á pasar..... y tuvo V. la desfachatez de ofrecernos un palco. Márchese V..... inmediatamente si no quiere que le echen mis criados.

Emilio empujado por la joven se disponía á salir.

— Caballero, vaya una silba espantosa que recibió V. ayer, está V. de enhorabuena, se lució V. con ese talento que tanto ponderan..... yo he juzgado á V. mejor..... pero crea V. que le acompañamos en el sentimiento; nos fué tan sensible, todos decíamos como el marqués de la Clavellina: ¡Pobre muchacho! ¡Pobre Emilio! Ya se ve, los actores degollaron la zarzuela, crea V. Emilio que le compadecíamos.

— Señorita, gritó roncamente el joven; no necesito ni vuestra compasión ni vuestro elogio..... os amo..... y creo á pesar mío que os amaré..... ¡Ojalá encontréis un hombre que os merezca y que os ame tanto como os he amado!..... Gracias, señorita, gracias por los momentos que he pasado á vuestro lado, gracias por la felicidad que me habeis proporcionado, gracias por vuestras bondades, gracias por vuestro amor..... Adios, Everilda; permitidme pronunciar por última vez este nombre querido con dulce intimidad. Adios, Everilda amada.

— Qué lúgubre es vuestra despedida..... pero qué loca soy; es tono de autor silbado..... Crea V. Emilio que le deseo mil felicidades; pero que no sean de la especie de las de la noche anterior..... Adios.

La joven desapareció y Emilio pudo oír una carcajada homérica que resonó detrás de los tapices de la puerta.

Volvióse tristemente á su casa pensando en la entrevista que acababa de tener. Allí, meditando profundamente, consideraba el carácter de la mujer y entre sollozos decía: ¡oh mujeres! ¡Oh mujeres!

Una carta le hizo detener el negro hilo de sus reflexiones.

Aquella carta era de ella, tal vez pensaba él; pasada su irritabilidad habrá considerado su mal proceder y en esta carta me pedirá un olvido completo de su conducta pasada.

¡Oh mujeres, mujeres! exclamaba sonriéndose amargamente.

Y abrió la carta que decía así:

«Atendiendo á las razones que ha expuesto mi ministro amor, vengo en declararos cesante de mi querer, quedando satisfecha del celo y lealtad con que le habeis desempeñado y esperando que la *cómica* sabrá utilizar oportunamente vuestros servicios.» — Everilda. — Dado en etc. etc.....

Emilio al leer este sarcasmo lloró. ¡Amaba tanto á aquella mujer!

IV.

El mundo nuevo es el mundo viejo. — Los niños nacen hombres.

Emilio pasó toda la tarde en una profunda melancolía: al oscurecer salió de su casa: su mirada vagorosa, sus pasos inciertos señalaban el hombre que no depende de sí, sino de la casualidad.

Dirigióse al Prado, miró á París con indiferencia, en aquel paseo encontraría amigos y vería á ella precisamente: esto le contrariaría y se internó en una de las alamedas paralelas.

Tá-tá-tá.

Este ruido llamó la atención del joven. Era el tambor de un cosmorama, titilimundi ó mundo nuevo que por la módica retribucion de dos cuartos permite á todo ciudadano disfrutar de vistas tan agradables como la de la ciudad de Jauja, en la que se come se bebe y no se trabaja, ó de la ciudad de Antequera, en la que sale el sol por donde quiera. Emilio se paró detenido por un poder desconocido.

Tá-tá-tá, tocaba en el tambor el charlatan diciendo al mismo tiempo.

— Ahí verán ustedes, caballeros y señoras, la gran ciudad de Jauja que el mundo nuevo enseña hoy; en ella los maridos tienen mujeres y estas mujeres tienen amantes: las mujeres son caprichosas, los hombres son..... como en todas partes, bonachones y condescendientes.

— Tá-tá-tá. Véase un amante que lúgubre va; ya se ve, ¿quién resiste unos calabazones como los que ha llevado?..... Qué tonto es; en lugar de consolarse llora. — Pues bobo, no ves que eso hace reír á la poseedora de nuestra costilla.

— Já-já-já, reían á coro los soldados y niñeras que rodeaban el titilimundi.

— Vamos, señores, tá-tá-tá, atención, que falta lo mejor, qué cosas tiene el mundo nuevo tan bonitas como extrañas..... tá-tá-tá.

— Pues; exclamó un chusco, á mí me parece que el mundo nuevo es el mundo viejo — ni mas ni menos.

— Calle él ¿que sabe? le contestó el charlatan. — Ahí se verá.....

Al pobre Emilio le parecía que se burlaban de él, y tentaciones tuvo de echar á rodar la máquina del que creía le insultaba. ¡Pobre Emilio, no sabía que el estado excepcional en que se hallaba era todo lo vulgar que podía ser desde que hay mundo!

— Los hombres son unos monstruos, decía, me acogeré á los niños, y sus juegos infantiles destruirán mis tristes pensamientos recordándome los venturoso días de mi infancia. ¡Dichosos ellos!

Y se acercó á un corro de niñas que alegremente cantaban:

Tengo las calabazas
Puestas al humo,
Y al primero que pase
Se las emplumo.

— ¡Siempre yo! exclamaba cada vez mas furioso el joven. Oh mujeres, mujeres; al fin mujeres, concluía. Me uniré á los niños y oyendo sus conversaciones seré feliz, se dijo.

Y con esta intencion se sentó en un banco en el que estaban sentados tres muchachos.

— Manolito, decía uno de ellos, ¿has visto á Emilio?

— No, desde que le dieron calabazas.

— Pues los holgazanes no gustan á nadie, y ha reñido con su novia.

— Es decir que la novia le ha dado las buenas noches.

— Justamente; no me pasará á mí eso porque trabajo mucho.

— Y Adelita está muy contenta y á todo el mundo dice que Manolito ha salido sobresaliente.

— Yo tambien digo que ella es una mujer cabal.

— Pobre Emilio, qué calabazas le han dado.

Emilio estaba destinado á sufrir; sabido es que los estudiantes llaman dar calabazas á salir mal en los exámenes.

El coro de niñas cantaba:

Mal haya sean las mujeres
Que de los hombres se fian.

Los niños empezaron entonces á proclamar la falsedad de tal aserto, y cantaban lo contrario que las muchachas armando tal algarabía que Emilio se levantó exclamando:

— Los niños nacen, en el siglo del vapor, hombres.

V.

Que dura lo que luce un quinqué, y en el que se citan unos versos.

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
A su reflejo pálido se ve.

ESPONCEDA. — Diabla mundo.

Emilio volvió á su casa mas desconsolado de lo que había

salido. El mundo no le ofrecía sino sarcasmos, desdenes, lágrimas y miserias. Su corazón no podía ser comprendido por la sociedad. Sentado ante una mesa en la que lucía un quinqué, abrió un libro y leyó. De pronto apartó la vista de sus páginas y exclamó.

— ¡Oh fugitiva felicidad! porque cual la mariposa nos muestras tus lucidas alas, tus brillantes colores, y apenas logramos cogerte en tu fugaz carrera, desaparecen al momento que te tocamos los colores y el brillo, y donde creíamos hallar vida y luz no encontramos sino polvo y miserias.... ¡Ah cárcel humana! ¡Ah mundo engañoso! ¡Oh mentidas mujeres! ¡Oh horrible realidad! porque te derrumbas con estrepitoso son, arrollando en tu horripilante y veloz marcha al mortal que aplastas cuando juguetea con la risa, el énfiro, el amor y la dicha.... Porque no disponemos de un caudal de fuerza de voluntad superior al que poseemos.... ¡Sociedad! ¿Quieres que trabaje? Bien, trabajaré y te dominaré. ¿Quieres gracias y verdad? Las tendrás. Ironías, sarcasmos, cuanto quieras, lágrimas, sangre, caos, confusión; bien, aguarda: la pluma con que escriba será de águila, mi tinta será de dolores y angustias, será veneno.... Amaré á tu pesar, mundo; soy joven y me amarán, buscaré ángeles y demonios, me reiré cuando quiera llorar y lloraré cuando necesite reír. No conoceré un amigo y llamaré á los hombres hermanos, mi sonrisa estará como enclavada en mis labios, el odio rebosará en mi corazón.... escribiré, trabajaré. — El trabajo será mi ídolo, él me hará olvidar.... y luego Emilio

«Todo es mentira y vanidad, locura,
Con sonrisa sardónica exclamó,
Y en la silla tomando otra postura
De golpe el libro con desden cerró.» (1)

El quinqué lanzó su última llamarada y se apagó dejando la habitación á oscuras.

Nuestro héroe era al fin hombre y se durmió.

¡Pobre Emilio! Dejémosle reposar que bien lo necesita.

VI.

Un año despues. — Margarita.

Un año ha transcurrido desde los últimos acontecimientos: no referiremos lo que en él ha sucedido porque se adivinará por lo que nos falta relatar. Estamos en primavera, en el mes de abril, y en casa de los señores de Lavera. Es de noche, y noche de la reunión semanal que estos señores acostumbran tener.

Everilda está tan hermosa como antes, si bien un poco mas pálida. Coquetea deliciosamente con un joven moreno vestido con elegancia. No es Emilio, es el marqués de la Clavellina.

Emilio está al lado de una mujer bellísima.

Es Margarita, preciosa joven de ojos azules, pelo rubio, mirada dulce, conjunto angelical; su palidez mate es espantosa. ¿Es un encanto? ¿Es un síntoma terrible? No lo sabemos. Ved su sonrisa, ved su alegría, oíd su conversacion; y si podeis, juzgad, y si no sabeis juzgar, esperad.

— Margarita, ¿tu mamá está mejor? preguntaba á la joven Emilio.

— Sí, está muy bien mi buena mamá: si vieras cuánto te quiere.

— Yo tambien la estimo tanto como se merece — es un ángel como tú.

— No digas esas cosas, replicó ruborizándose Margarita: no ofendas á cosas celestiales comparándolas á una cosa tan mezquina como yo.

— Margarita, no tenia seguramente deseos de ofenderte. ¡Qué buena eres!

Everilda no quitaba los ojos de esta alegre pareja. El marqués, aunque seguía la conversacion entablada con su compañera, hacia otro tanto como ella.

— Qué conversacion tan interesante tiene Margarita con Emilio, lo notais, marqués.

— ¿No sabeis lo que se dice de público, señorita?

— No á fé.

— Pues bien, sabed, dijo el marqués, que se dice que Margarita y Emilio se unirán dentro de poco con vínculos eternos.

— ¿Qué decis? ¿Será cierto? exclamó frunciendo el ceño Everilda.

— ¡Ah! dijo el marqués suspirando, lo creo muy cierto.

— ¿Por qué suspirais, marqués? preguntó la bella.

— Cruel, no quereis que suspire recordando la dicha de otros al considerar que yo jamás alcanzaré tal felicidad.

— ¿Por qué desanimarse? ¿Amaís á Margarita?

El marqués respondió confuso.

— La amé: sus desdenes me hicieron olvidarla: cuantas cartas la escribí quedaron sin contestacion.... No la amo. — Vos únicamente reinais en mi corazón — amor sin esperanza.

— No, que la constancia todo lo vence: solo exigiré de vos, marqués, ciega obediencia á mis mandatos, ó mejor á mis caprichos.

— Señora, seré vuestro esclavo.

— Decidme, ¿sabeis si esas cartas de que me hablabais hace poco las conserva Margarita.

— No lo sé.... solo puedo deciros que ha tratado de devolvérmelas.

— Bien, marqués; es preciso que las recupereis.

— Pero permitidme una observacion.... (Margarita no sé si me recibirá. — A mas ¿de qué os servirían? ¿Desconfiais de mí?)

— No, no tengais esa presuncion: me habeis prometido que respetareis mis caprichos y en verdad que mal empezais.

— No, no, Everilda, las reclamaré; mañana me presentaré en su casa, ¿estais contenta?

La joven alargó al marqués una mano que estrechó con transporte.

— ¿A qué hora ireis? preguntó sonriéndose la joven: soy mujer, no extrañeis mi curiosidad.... ¿A qué hora ireis?

— A las ocho, hora en que acostumbra á salir la madre de Margarita.

— Entiendo, entiendo. ¿Ireis mañana al Príncipe? Se estreña una pieza de Emilio.

— Iré, por complaceros.

— Gracias, marqués: me temo que adelantais mas de lo que quisiera. No te casarás, Emilio, porque no: yo quiero y no sabes lo que vale la voluntad de una mujer celosa, murmuró sordamente Everilda.

— Hasta la vista, encantadora Everilda; tendreis las cartas.

— Marqués, espero veros en el Príncipe.

Emilio y Margarita soñaban con su próximo enlace.

Debemos decir que el joven aun amaba á Everilda; pero Margarita era para él el bálsamo consolador que cicatriza poco á poco la herida: el amor que tenia á la una era ardiente y volcánico; á la otra la amaba con esa dulce y misteriosa pasion que embalsama nuestra vida justificándonos á nuestros ojos.

Entre la una y la otra no habia lugar á vacilacion.

La una le despreciaba y le habia herido en su orgullo: la otra por el contrario le amaba, y la reputacion de Emilio era la suya: la una era cruel y sarcástica, la otra dulce y tímida. Everilda era el ángel malo del joven; Margarita por el contrario era su ángel bueno. Con todo, el joven no dudaba que Margarita le amaba y que ella debia ser su esposa; pero amaba con su primer amor á su ángel malo, á Everilda; y si se le hubiera dicho estas apreciaciones las hubiera enérgicamente rechazado, porque aunque sentia lo contrario, él creia que no era así. Everilda no podía ser su esposa nunca, es cierto; pero siempre seria su amada, el ídolo del corazón; la joven le dominaba con su energia y sus poderosos atractivos, en tanto que Margarita le atraia con sus virtudes y su dulzura. Entre dominar y atraer hay un abismo. Porque por esos fenómenos del corazón, la mujer que nos domina la damos la soberanía absoluta sobre nosotros: la mujer que nos atrae, que nos ama, no con vehemencia,

(1) Espronceda.

sino con un amor puro, no nos satisface: si la amamos estamos muy prontos á desconfiar de ella. Es, por decirlo así, amor constitucional, amor que se discute. ¡Qué errores tan funestos!

VII.

Que es muy novelesco; pero que no por eso deja de ser cierto.

Las campanas de la iglesia parroquial de San Luis llamaban á los fieles á misa de ocho. En una casa muy modesta de la calle de Jardines habia una habitacion decente y limpiamente amueblada: sus moradores se componian de una mujer como de 40 años que aun conservaba restos de la belleza que debió tener en su juventud, y que habia transmitido á su hija, hermosa rubia que nuestros lectores conocen con el nombre de Margarita.

— Mamá, preguntaba esta á aquella, ¿cómo te sientes hoy?

— Muy bien, hija mia; y tú, ¿cómo estás?

— ¿Estoy acaso mala? preguntó con sencillez la jóven: si estoy enferma debe ser de dicha..... ¡Me ama tanto Emilio!..... ¿No es verdad?

— Sí, hija mia, sois dignos el uno del otro.

— Insultamos tus padecimientos con nuestro egoismo.....

— Hija mia, mis padecimientos cesarán..... con tu felicidad.

La campana seguia tocando.

— Voy á rogar al cielo por tí y por él..... Dios os bendiga, hijos míos.

La buena señora dió un beso á su hija y no tardó en cruzar la calle de la Montera en direccion á la iglesia.

Apenas habia salido, un violento campanillazo hizo estremecer á la delicada Margarita.

— ¡Dios mío! si será él, exclamó precipitándose á abrir la puerta.

Un hombre penetró con velocidad en la sala que habia abandonado Margarita para abrir la puerta. La jóven le siguió asustada al reconocer que no era Emilio.

— ¿Me conocéis, Margarita? preguntó tímidamente el desconocido.

— Creo reconocerlos, repuso la jóven ruborizada.

— Nada temais de mí, interesante jóven. ¿No queriais devolverme las cartas que tuve la desvergüenza de escribiros?

— Sí, caballero; las guardo intactas como vos me las enviasteis.

— ¡Qué cruel sois, Margarita! dijo el marqués de la Clavellina.

La jóven abrió un cajon de una mesita y sacó un paquete de cartas atadas con una cinta de seda azul que puso en manos del marqués.

— ¡Intacto está el lacre con que las cerré! — ¡Qué virtud tan rara en nuestros días! Si me perdonaseis; si al menos no me aborrecierais, me conceptuaria feliz.

— Yo no aborrezco á nadie, señor marqués, no os perdono porque no os reconozco culpable, tomad vuestras cartas y disponed de esta casa como vuestra.

— ¿No me aborreceis?..... ¿Podré aun esperar?..... Una palabra, Margarita.

— ¡Por Dios! No empleeis ese tono, dijo trémula la jóven..... Me asustais.

— ¡Oh! Nada, nada; ni un resto de piedad..... en cambio de tanto amor.

— ¡Señor marqués, señor marqués! Vuestro comportamiento es inicuo, abusais de vuestra posicion..... exclamó llorando Margarita.

¡Qué hermosa que estaba la jóven llorando!

— Divina é incomparable belleza, replicó el marqués sin poderse contener cayendo de rodillas ante la jóven: no llores; tus lágrimas caen en mi corazon taladrándole de una manera dolorosa; tus líquidas perlas realzan tu hermosura hasta el punto que me enloqueces. — Amame, Margarita; posicion, cariño, amor, juro que no te faltarán: consiente en ser mi esposa..... Margarita, te amo.

Un jóven con los brazos cruzados, mudo é impasible acaba-

ba de oir el frenético *te amo* en el dintel de la puerta de la sala. Margarita fijó con espanto en él sus ojos, y dando un espantoso grito cayó desvanecida en el sofá. El marqués se apresuró á socorrerla.

— Dejad quieta á esa mujer, no la profaneis con vuestras manos.

— Caballero, quisiera saber con qué derecho me imponeis vuestras órdenes.

— Con el derecho que tiene la honradez sobre la vileza.

— Quisiera saber á quién llamais vil aquí.

— A nadie mas que á vos, señor marqués de la Clavellina.

— Me dareis cumplida satisfaccion de vuestras palabras, caballero.

— Cuando gustéis: esperaré en mi casa vuestros testigos, dijo Emilio entregando una targeta al marqués..... No toqueis á esa mujer, porque si bien teneis derecho sobre ella como amante, yo le tengo como futuro marido.

Emilio al decir estas palabras se apoderó del paquete de cartas y de la carta que habia abierto poco antes el marqués. — «Cartas de amor,» murmuró. — Margarita hizo un esfuerzo sobre sí, y al ver la actitud amenazadora de los dos jóvenes, al ver el gesto de desprecio de Emilio, volvió á dar un nuevo grito y se llevó el pañuelo á sus labios, retirándole despues empapado de sangre. El jóven al ver la sangre olvidó sus celos y corrió al lado de la jóven. El marqués tiró del cordon de la campanilla y se presentó una criada prestando toda su ayuda á la desgraciada Margarita.

Aunque la situacion es dramática, permitirán nuestros lectores que retrocedamos algun tanto para explicar la llegada repentina de Emilio que pareció en el diálogo anterior, así como caído del cielo ó como salido por escotillon.

El jóven habia recibido la noche anterior un anónimo suscrito por «un desconocido amigo de la verdad y enemigo de los engaños femeniles,» en el que se le decía que Margarita le engañaba, se le citaba el nombre de su amante y la hora que podría encontrarle en casa de ella; se le añadía que su madre abandonaba la casa á esa hora con pretexto de ir á misa; pero que era en realidad para que los amantes disfrutasen de soledad deliciosa; por último que él era muy bueno para marido, pero que no pasaba de aquí..... Emilio sospechó y quiso saber á qué atenerse. Aguardó al día siguiente, y á la hora en que la criada volvía de la compra, la que penetraba en la habitacion por medio del picaporte, consiguió de ella que le introdujese sin ruido para sorprender á Margarita con el marqués.

Lo que sucedió ya lo sabemos.

(Continuará.)

FRANCISCO DE ESPINOLA.

Soneto.

¡Allahu-akbar! desde su trono de oro
Oye el sordo gemido del que llora,
Y en vago acento, en misteriosa aurora
Le envia de consuelos un tesoro.

Dijo al angel, cuyo hálito sonoro
Hace brillar la llama inspiradora,
Vé, y al son de tu guzla vibradora
Olvide su dolor mi pueblo moro.

Oye, pueblo muslim, sobre Granada
Gime triste su rica poesía
Como la flor que al aura se deshoja.

Soplo es de Allah la voz enamorada
Que hace brotar al resplandor del día
El lirio blanco del peñon de Loja.

AMÓS DE ESCALANTE.

Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.